

Mons. F. X. Nguyen van Thuan

He visto al Espíritu Santo que actúa en una Iglesia que se renueva siempre

La Iglesia se renueva y se purifica «continuamente bajo la guía del Espíritu Santo» (GS 21). Para una renovación así, la Iglesia de nuestros días siente la necesidad de volver con fidelidad a las fuentes: a Ur de Caldea, al Sinaí, a Jerusalén, Belén, Nazaret, al monte de las bienaventuranzas, al santo sepulcro...

Y el Pueblo de Dios hace examen de conciencia.

La Iglesia, por virtud del Espíritu Santo, es madre y virgen, ha permanecido como esposa fiel al Señor, es santa, sin pecado, pero pide perdón por sus hijos e hijas, que son pecadores.

Recordemos en particular el evento eclesial más importante del siglo XX. Para una gran renovación de la Iglesia, el Espíritu Santo inspiró al Papa Juan XXIII que pusiera la «pequeña semilla»⁹ anunciando el 25 de enero de 1959 la convocación del Concilio Vaticano II. El mismo no podía imaginar en aquel momento lo que este acontecimiento traería consigo por todas las reformas de la Iglesia y de la Curia Romana, por la publicación del nuevo *Código de Derecho Canónico*, del *Código de los cánones de las Iglesias orientales*, del *Catecismo de la Iglesia Católica*, de tantas cartas encíclicas importantes, del nuevo Misal romano, ni el impulso que imprimiría a la colegialidad, al diálogo ecuménico y al diálogo interreligioso. La preparación y la apertura del gran Jubileo 2000 estimulan la profundización de este rico patrimonio por parte de las nuevas generaciones.

Y se podía continuar; podríamos citar otros hechos, otras novedades suscitadas dentro de la Iglesia por el Espíritu Santo. En realidad, es imposible tener una visión completa de la obra del Espíritu en el siglo XX, porque es también misterio en la profundidad de las almas.

Baste recordar una palabra de admiración del mundo: « ¡Hacían falta 20 siglos para poder recorrer el kilómetro entre el Vaticano y la Sinagoga, y el papa Wojtyla ha sido el primero en hacerlo! »

¡Gracias, Santo Padre!

También he visto al Espíritu Santo fuera de la Iglesia

Mientras sostiene e ilumina a los apóstoles, el Espíritu Santo suscita la sed del agua viva (cf. *Jn* 4, 10-15) en el corazón de toda persona, cultura y religión en busca de Jesús, el único Salvador que podrá saciar plenamente su sed.

Los Hechos nos cuentan, en el capítulo 10, la visión de Cornelio, oficial romano pagano, luego la visión de Pedro y la voz que le dijo: « ¡Levántate, Pedro, sacrifica y come! ». «De ninguna manera, Señor; porque jamás he comido nada profano e impuro». «Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano» (Hch 10, 13-15). «Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la palabra. Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles, pues los oían hablar en lenguas y glorificar a Dios. Entonces Pedro dijo: " Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a estos, que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?"» (Hch 10, 44-48).

El Espíritu precede, acompaña y sigue a cualquier misión nuestra.

Con el don de lenguas, prepara el gran diálogo de amor entre Dios y la humanidad, entre el Salvador y los pueblos de todos los continentes, fortaleciendo el testimonio, según la promesa de Jesús: «Recibiréis una fuerza cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y de este modo seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra» (Hch 1, 8).

También hoy, en el nuevo Pentecostés que estamos viviendo, el Espíritu guía a la Iglesia en su misión de realizar un encuentro entre Jesucristo y todos los pueblos. Éste me parece que es el significado más profundo de los distintos diálogos que la Iglesia católica ha emprendido después del Concilio.

Procedo de ese vasto continente que es Asia, y cada día veo esta obra del Espíritu entre los «gentiles». Es correcta la observación de santo Tomás, que él atribuye a san Ambrosio: *Omne verum a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est*, «Todo lo que es verdadero, no importa quién lo diga, viene del Espíritu Santo»¹⁰. Tal vez no sólo proceda del Espíritu Santo toda verdad, sino también toda bondad, justicia, belleza: la profundidad de la oración, el esplendor de la sabiduría. Nos consuela ver que el Espíritu está actuando para revelar plenamente el misterio de Cristo.

(F. X. Nguyen van Thuan, *Testigos de esperanza*, Ed. Ciudad Nueva, 7ª Ed., Buenos Aires, 2003, p.)